

LIBRO CUARTO

PROLONGACION Y EXACERBACION DE LAS CONTIENDAS CIVILES.—HISTORIA DE LA GUERRA
EN LOS DOS AÑOS 1835 Y 1836

CAPITULO PRIMERO

Mina en Cataluña

Operaciones de Cabrera en el Bajo Aragón y en Valencia.—Nogueras en campaña.—Cabrera en Segorbe.—Rubielos.—Estado y condiciones de la guerra en el Maestrazgo.—Gallarda defensa de Lucena.—Cerro de Alcañiz.—Régimen administrativo de Cabrera en los pueblos que domina.—Acción de Molina.—Las facciones castellana y gallega.—El tradicionalismo y la libertad.

El nombramiento de Mina para el mando superior de Cataluña llegó á noticia de este general cuando se hallaba en Pau, y apenas supose en Navarra que el gobierno acudia de nuevo á la espada del popular caudillo de 1808 apresuróse el ayuntamiento de Pamplona á pedir á la Reina que fuese nuevamente conferido á Mina el mando del ejército del Norte, no sin protestar al mismo tiempo en cuanto apreciaba los merecimientos del general que se hallaba á su frente, pero haciendo resaltar la larga experiencia, conocimiento del país y prestigio que reunía en su persona el general Mina.

Preocupábase este al entrar en España por Perpiñan de la situación á que los recientes pronunciamientos habían traído la política. Aunque amigo del orden y del acatamiento debido á la autoridad, Mina simpatizaba cordialmente con el sentimiento liberal que había producido la última explosión contra el gabinete Toreno, y se le resistía verse en el caso de emplear medidas coercitivas contra los junteros si estos no acataban los mandatos del gobierno. El grito general que clamaba por Córtes Constituyentes hablaba muy alto en el pecho del general que hasta último día se mantuvo fiel al gobierno constitucional sitiado en Cádiz.

Pero Mendizabal sacó á Mina de su perplejidad, dándole instrucciones por las que le recomendaba obtuviere por medios conciliatorios la obediencia que de parte de los pronunciados reclamaba el interés de la causa pública. Afortunadamente la Junta de Barcelona no se mostró sorda á la voz de Mendizabal y se disolvió trocando sus individuos las funciones de gobierno independiente, que habían ejercido, por las mas modestas de miembros de la Diputación provincial y de la Junta de armamento y defensa.

Al hacerse cargo del mando, dirigió Mina una proclama-manifesto á los catalanes, recordándoles que en época anterior supo vencer á los facciosos, que bajo otro nombre eran ahora los mismos enemigos de entonces; exhortaba á los pueblos á no prestar auxilio á los carlistas, y á los liberales á que no escaseasen los sacrificios exigidos por el interés de la libertad, terminando por asegurarles, que las Córtes, en union de la Corona, iban á sentar las bases de la felicidad de la nación.

Después de haber hablado en estos términos quiso Mina corroborar sus palabras con hechos, saliendo inmediatamente á campaña, para lo cual tenía que dejar entregada la ciudad y los fuertes á la custodia de la milicia nacional; pero antes de su partida vióse obligado, no sin repugnancia y cediendo en ello á las vivas reclamaciones del comercio y de los mayores contribuyentes, á declarar en estado de sitio todo el territorio de las cuatro provincias catalanas. Los severísimos términos en que se hallaba concebido el bando dispositivo de las condiciones del estado de sitio, documento que se halla inserto en el número I de los documentos de referencia, no mereció

la completa aprobacion de los amigos de Mina en la corte, circunstancia muy de notar atendida la importancia que daba el general á la ortodoxia de su partido. Quedó mandando en Barcelona en calidad de Segundo Cabo el general don Antonio María Alvarez.

En Cataluña como en Navarra debía experimentar el general Mina el desengaño de que su ardor, su patriotismo, su larga experiencia de la guerra, no bastaban á superar las dificultades de una lucha que presentaba condiciones muy diferentes de aquellas que en 1823 había logrado dominar, hasta la entrada del ejército francés. El general perseguía sin descanso á los carlistas, pero no lograba darles alcance y lo mas que consiguió fué proteger á los pueblos en la medida que se lo permitían las fuerzas con que operaba y reanimar el espíritu de los partidarios de la Reina.

Dejando de ocuparnos por un momento de los sucesos de Cataluña á fin de llevar de frente, según el método que hemos adoptado, de no separar la relación de los hechos comprendidos dentro de una misma época, deben fijar nuestra atención las operaciones que tenían lugar en el Maestrazgo y en el antiguo reino de Valencia. Había don Carlos revocado su decreto de Iturmendi por el que fraccionó el mando de las facciones de Aragón, mando que volvió á reasumir Cabrera con beneplácito de los demás jefes carlistas. Favoreció grandemente á la jefatura del adalid del Maestrazgo la circunstancia de que en el otoño de aquel año hubiese disminuido la actividad de la persecucion por parte de las tropas de la Reina, cuyo número seguramente no correspondía á las necesidades de aquella guerra y de ello se aprovechó Cabrera para organizar sus huestes y dar instruccion militar á sus reclutas, sirviéndole tambien de poderoso auxiliar el descontento que en los pueblos ocasionaban los movimientos revolucionarios y las persecuciones contra los tachados de opiniones carlistas, pero que no habían hecho armas y vivían sumisos hasta que viéndose ser blanco de malos tratamientos, ya que ellos mismos no fuesen á reunirse á las facciones, fomentaban la prepotencia de estas y su aumento.

Cabrera, con la sagacidad propia de su ardiente imaginación, no descuidó de sacar partido del estado de los ánimos y dirigió á los suyos la siguiente proclama:

«*Voluntarios:* Nuestros enemigos, que lo son tambien de la patria, nos darán el triunfo, porque ya veis cómo se aumentan nuestras filas desde las asonadas de Madrid, Zaragoza, Barcelona, Murcia y otros puntos. Allí, asesinan á la faz del día, se rebelan contra las autoridades, saquean las casas, entran en los templos y dentro del coro matan á los religiosos indefensos, como ha sucedido en Zaragoza; destierran á vuestros padres, esposas é hijos, fusilan sin formación de causa y se cometen todas esas iniquidades que publican cada día los periódicos de la revolucion. Los que se llaman justos y benéficos obran así, sin que se castiguen tantos y tan atroces crímenes. Y aun se atreven á llamarnos á nosotros forajidos y facciosos. Ellos sí que son forajidos y facciosos. Ellos sí que son facciosos porque cada día quieren un gobierno; ellos sí que son sanguinarios al publicar sus bandos y decretos, como los de Llauder, Nogueras, Alvarez, Lorenzo, Rodil y otros, dignos de los Herodes y Nerones. No os feis de sus palabras, voluntarios; ya veis la suerte que han tenido los que se acogieron á varios indultos, que cuando mas tranquilos vivían, fueron presos los

mozos y casados que habían figurado entre nosotros como oficiales en el Bajo Aragón y Maestrazgo, y con muy pocas excepciones fueron destinados á los cuerpos de la Habana, y los demás á los presidios de Cádiz, Cartagena y Alicante. ¿Y qué ha conseguido con esto la revolucion? Aumentar nuestras filas, como veis suceder todos los días. Pronto tendremos un ejército si nuestros enemigos continúan así, y pronto nuestro soberano don Carlos V se sentará en el trono de sus mayores. Valor, pues, y constancia espera de vosotros quien nunca os abandonará y es vuestro compañero, *Cabrera.*»

El 23 de junio se encontraban los carlistas en Prat de Compte y no vacilaron en atacar la columna mandada por el brigadier Aspiroz. Bien informado del movimiento de este jefe, preparáronle una emboscada, y acometiéndolo de improviso lograron introducir el desorden en sus filas. Pero el bizarro Aspiroz no se dejó amilanar y se hizo fuerte al abrigo de un caserío, actitud que impuso á Cabrera, quien acabó por retirarse, noticioso de la aproximacion de fuerzas liberales mandadas por el coronel Montero.

Digna de respeto y elogio fué la conducta del pueblo de Asnara, cuyos nacionales reducidos al exiguo número de diez y seis combatientes, no vacilaron en defenderse despreciando las reiteradas intimaciones de rendirse, y aunque vieron tomada por el enemigo la iglesia, hicieron los nacionales nuevo baluarte de su torre, alcanzando la gloria de no ser vencidos y de ver alejarse á los carlistas.

Por aquellos días propúsose Cabrera apoderarse de Cherta, y aunque no logró hacerse dueño de la poblacion, no fué estéril su correría, habiendo sacado de la comarca trescientos reclutas que dirigió á su depósito de Beceite para que recibiesen instruccion y armamento. El grande objeto de la ambicion de los carlistas era adquirir armas, pues gente les sobraba al paso que carecían de fusiles.

Lo sucedido en el pueblo de Zurita pone de relieve el carácter de ferocidad que la guerra había tomado en las provincias del Este. Guarnecían dicho punto ocho nacionales de la localidad y treinta y cuatro movilizados de Valencia. Defendieron todos ellos briosamente ínterin conservaron probabilidades de ser socorridos, y obligados por la necesidad, resignáronse á capitular mediante la oferta de que tendrían sus vidas salvadas. Rendidos que se hubieron, cumplió Cabrera lo estipulado dejando en libertad á los de Valencia, pero inmediatamente mandó fusilar á los hijos del pueblo. Entre ellos había dos ancianos de muy avanzada edad y dos mancebos de cortos años. Implorado el jefe carlista para que perdonase á los dos últimos, puso por condicion de la solicitada gracia, que el padre de las predestinadas víctimas, el conocido patriota Fuster, se presentase resignado á sufrir la suerte que esperaba á sus hijos. La madre de estos, presente á la cruel escena, cayó desmayada al oír las cruentas palabras del vencedor, y un niño de pecho que lactaba en brazos de la acongojada mujer, espiró de resultas del veneno que mamó en aquellos aciagos momentos.

En la primera quincena de julio efectuó Cabrera una abundantísima *razzia* en las comarcas de Codoñera, Castilceras, Andorra y Cervellon, en cuyos pueblos hizo abundantísima recoleccion de víveres, armas, caballos y reclutas, y cargado de botín esquivó todo encuentro con las columnas que acudieron en socorro de los saqueados pueblos, cuidándose únicamente aquel de poner en salvo sus quintos y el convoy en que trasportaba su próspero merodeo. Grandemente se aprovechó como tambien lo hicieron los cabecillas á sus órdenes de los meses de aquel verano, en los que les favorecieron por una parte los disturbios tan frecuentes en aquella época entre los liberales, y por otra la insuficiencia de las fuerzas militares de estos, toda vez que la quinta de Mendizabal no había tenido tiempo de ingresar, ni había todavía adquirido la movilizacion de los urbanos las proporciones que llegó después á tener, circunstancias que privaban al gobierno de los medios de contener los progresos de las facciones, las que casi libremente se paseaban por las ricas llanuras de Valencia y de Castellon, sorprendiendo pueblos, rindiendo y desarmando nacionales y haciendo amplia provision de hombres, de dinero y de caballos.

Envalentonados por el éxito de sus correrías, presentáronse los carlistas delante de Albocácer. Pocos eran sus defensores, reducidos á sus nacionales y á veintiocho soldados del ejército; pero capitaneados por el juez de primera instancia Palomera, recibieron á balazos á los enemigos, los que irritados de tanta valentía atacaron la iglesia, en la que habían buscado refugio los nacionales. Tomada aquella por los carlistas guareciéronse los defensores en la torre, como era costumbre hacerlo en todos los pueblos que se obstinaban en no capitular. Desde aquella eminencia continuaron el fuego los sitiados, sin dar oídos á las reiteradas propuestas de rendicion, acompañadas del ofrecimiento de que serian tratados como prisioneros de guerra.

El fuego de una y otra parte duró toda la noche. Al amanecer los carlistas rodearon de leña y de combustible el refugio que abrigaba á los valientes de Albocácer, los que habrían muerto sofocados á no haber llegado la noticia de la aproximacion de Nogueras, á quien no quisieron esperar los carlistas.

El ejemplo de Albocácer tuvo inmenso eco en toda la nación y sirvió de noble ejemplo á las poblaciones que tuvieron la entereza de desechar las propuestas de rendicion.

No experimentaron igual suerte los defensores de los pueblos de Orteis, Villore, Patanqués y el Orcajo que sucesivamente fueron cayendo en poder de Quiles, el que tambien se apoderó del fuerte de Beceite con los ciento cuarenta y dos hombres que lo guarnecían.

El destacamento que custodiaba á Valderrobles capituló del mismo modo, pero obtuvo le fuese permitido marchar desarmado á Zaragoza.

Por aquellos días cayeron igualmente en poder de Quiles los pueblos de Belmonte y Castellote, ínterin que el Serrador, cargado de botín, se dirigía á las comarcas últimamente conquistadas para dar descanso á su gente.

Por falta de una buena organizacion habíanse inutilizado las ventajas que debieron sacarse del ardimiento con que tanto en Cataluña como en Aragón y Valencia, los urbanos primero y los milicianos nacionales despues, se aprestaban á tomar las armas. El sistema de fortificar pueblos aislados cuando no había columnas que pudiesen socorrerlos, produjo el gravísimo inconveniente de que, tomados unas veces por asalto y otras por capitulacion, tuviesen los carlistas en ellos repuestos de armas, que casi exclusivamente les sirvieron para proveer de ellas á sus reclutas. Otra errada costumbre que tardó bastante tiempo en ser abandonada, fué la de no salir del territorio de su respectiva jurisdiccion las columnas encargadas de perseguir á las facciones. Había semejante sistema hecho perder muchas ventajas y expuesto á siniestros que se hubieran evitado, siguiendo el clásico precepto militar de acudir al fuego en cualquier direccion que este pudiese ser oído. Siguiendo esta sentida máxima, Nogueras pidió al Capitán general de Aragón autorizacion para entrar en su territorio, disposicion á la que accedió aquel, y que de haberse adoptado antes, habría puesto algun estorbo á la rápida y bien entendida organizacion que Cabrera llegó á plantear en los territorios que dominaba.

El 11 de julio este jefe, unido á Forcadell, marchó en direccion de Azaneta, donde pernoctaba la columna de Buil, á la que se propuso atraer á campo raso, aparentando los carlistas que se desbandaban.

Pero el jefe cristino tuvo la sagacidad de penetrar el ardid, y se hizo fuerte en el pueblo, cuya posicion no se atrevió Cabrera á forzar y continuó su marcha á Useras, de cuyo pueblo tampoco logró apoderarse, merced á la bizzarria de sus nacionales que desoyeron las propuestas de rendicion, y tambien sin duda en atencion á que no entraba en los planes del jefe carlista detenerse, receloso de la probable aproximacion de Nogueras.

Pero frustrado en aquellas pequeñas operaciones, resolvióse Cabrera á dar un golpe de mayor efecto, dirigiéndose á la importante ciudad de Segorbe, que no defendían fuerzas suficientes para oponerse á su entrada. Dispúsola dividiendo su gente en dos cuerpos, situando el uno al mando de Forcadell en las alturas del convento de San Blas, á efecto de que

vigilase la posible aproximación del enemigo, y en la mañana del 18 entró Cabrera en la ciudad con su caballería y un destacamento de infantes. Reunió el ayuntamiento al que pidió ocho mil duros y todos los caballos útiles que encerrase la población, poniendo igualmente en requisición las armas, monturas y municiones que pudiesen ser habidas, lo cual efectuado que fué, y después de haber visitado al obispo, se retiró camino de Navajas, por hallarse ya casi á la vista la columna de Nogueras.

Siguiendo Cabrera su movimiento llegó el 24 á Vinromá, y de allí, reunido con Torner y el Serrador, pasó por las inmediaciones de San Mateo, donde se hallaba la columna liberal mandada por Deceff. Informado este de la aproximación de los carlistas, y sin haberse cerciorado de en qué número venían, atacó á la vanguardia que conducía el Serrador, cuya hueste desordenó Deceff con facilidad, pero seguía á dicha vanguardia el jefe de la facción, la que cargando en masa sobre los liberales, les causó considerable pérdida, y hubieron sin duda aniquilado la restante fuerza á no acercarse Nogueras, cuya oportuna llegada arrancó de las manos de los carlistas una mas completa victoria.

El mes de agosto lo pasaron Cabrera y Forcadell en su cuartel general de los puertos de Beceite, ínterin Quiles y otros cabecillas hacían exacciones por el territorio del Bajo Aragón, siendo el primer hecho notable que la historia no puede pasar en silencio, el de la defensa y toma de la importante villa de Rubielos, de la que tenía Cabrera empeño en apoderarse, por ser punto que facilitaba sus excursiones en el interior del país.

El 11 de setiembre, unido á Forcadell, presentóse ante los muros de la población defendida por sus nacionales y un corto destacamento de tropa, y penetrando en la villa después de haber derribado sus puertas, buscaron los defensores amparo detrás de los muros de un convento transformado en fuerte. En aquel asilo ostentaron los sitiados su bravura, resistiendo á las balas como á las intimaciones de los carlistas. Todo el día y toda la noche duró el encarnizado combate, sin que las minas ni los parapetos de colchones y sacos de lana que empleaban los carlistas para aproximarse al fuerte, hicieran decaer el ánimo de sus bizarros defensores.

Describe tan patéticamente el autor de la *Historia de la guerra civil* el suceso de Rubielos, que no podemos resistir al deseo de reproducir íntegramente los párrafos que consagra á aquel importante episodio.

«Cuanto mayor era la obstinación de los liberales, mas se aumentaba la de Cabrera. Expuesto á morir en una tortuga (dos de los cinco hombres que la formaron quedaron sin vida y otros dos fueron heridos, siendo Cabrera el único que salió ileso), se propuso vengar la muerte de sus compañeros y satisfacer su propio orgullo que creía ofendido. Intentando diferentes medios de apoderarse del fuerte, emprendió el derribo de la pared de una casa contigua. Terrible iba á ser entonces la situación de los liberales; lo conocen y para aislarse, prenden ellos mismos fuego á la casa; mas el viento que soplabá comunica el incendio al convento y á poco todo el edificio es presa de las llamas.... No era ya posible librarse del fuego ni sufrir el hambre, la sed y las fatigas. Enarbolan un pañuelo blanco en señal de capitulación y firman Cabrera y Forcadell la condición aceptada de dejarles salva la vida.

«Fiados en este pacto, se entregan, pero son seguidamente fusilados muchos de aquellos prisioneros al pié de la torre que tan bizarramente habían defendido.» (1)

Conducidos los restantes al campo de la Dehesa, término de Nogueros, mandó Cabrera hacer alto y que comiera su gente el rancho. Concluida esta operación formó un cerco de infantes y caballos, hizo poner en cueros á los prisioneros y los invitó á que se salvaran corriendo.

Al ejecutarlo obedeciendo el cruel mandato, murieron alcanzados aquellos infelices, habiéndose hallado en algunos de los cadáveres las señales de veintiseis heridas (2).

(1) Así consta del parte dado por el gobernador militar de Teruel Don Mariano Miguel Polo.

(2) Según testimonio del señor don Francisco Santa Cruz, gobernador de la provincia de Teruel, el ayuntamiento de Nogueros dió se-

Cualesquiera que hubiesen sido los errores de apreciación y de sistema que puedan atribuirse al estado de cosas que en sustitución del régimen planteado y seguido por los gabinetes de Martínez de la Rosa y del Conde de Toreno inauguró el gabinete Mendizabal, no es dudoso que el último comunicó movimiento y vida á los esfuerzos del partido liberal, sin cuya entera adhesión y sacrificios hubiera sucumbido la causa simbolizada en doña Isabel II, tan estrictamente ligada á la posesión por la nación española de las condiciones propias de la vida inherente á la sociedad moderna.

Mas tampoco es dudoso que la expansión que el sentimiento liberal comprimido recibió á consecuencia de las agitaciones que conmovieron á la mayoría de las provincias del reino, exacerbó las pasiones de la muchedumbre, produciendo persecuciones y violencias que dieron pábulo á odiosas represalias por parte de los carlistas en armas y de los numerosos partidarios de su causa, que sin haberlas empuñado no eran por educación y hábitos menos adversos á las innovaciones que la revolución traía consigo.

A consecuencia del estímulo y provocación de que eran objeto los partidarios de D. Carlos, fué rápido y formidable el incremento de las facciones del Este, dirigidas por la actividad y el genio emprendedor de Cabrera. Resultó de ello una lamentable extensión de los actos de ferocidad que tan frecuentes fueron en la última mitad del año cuyas vicisitudes vamos narrando. Escarmentados por los malos tratamientos que de los carlistas recibían los pueblos fortificados, acabaron en su mayoría por no querer defenderse, haciendo los urbanos entrega de sus armas en las capitales de provincia, en cuyo recinto iba á buscar seguridad los pudientes no afectos á la causa de D. Carlos. Las crueldades imputadas á Cabrera provocaban en los liberales actos no menos odiosos, que enardecían la cólera de aquel caudillo, confundiendo en ambos bandos el cruento clamor por sangre y por represalias. Era moneda corriente entre unos y otros pedir y decretar destierros y toda clase de sevicias contra sus convecinos de contraria opinión. Semejante tendencia favorecía las operaciones de Cabrera, quien teniendo que vivir sobre el país, para reclutar y mantener su hueste recorría incansable todo el Bajo Aragón y sus comarcas vecinas.

En los primeros días de setiembre se presentaba á las puertas de Mora de Ebro, cuya villa fué abandonada por su escasa guarnición. Los puntos amenazados en Aragón eran tantos y tan escasa la fuerza destinada á protegerlos, que cuando las columnas acudían á socorrer á un pueblo amenazado, tenían que dejar indefensos á infinitos otros, cuya fe decaía, no viéndose pronta y eficazmente amparados. En la semana que siguió á los últimos movimientos de Cabrera invadía este la comarca de Utiel, después de haberse enseñoreado de los pueblos de Alcalá de la Selva, la Puebla de Valverde, Manzanaera y Torrijos. Llegado á Utiel el 19 se le unió Cubells con la partida de caballería que sirvió de base á la formación del regimiento de dicha arma denominado de Tortosa, y al siguiente día se presentaba delante de Requena con resuelto propósito de hacerse dueño de la población defendida por un fuerte que dominaba la parte baja del caserío.

Penetró con facilidad el invasor en Requena, pero encontró firme resistencia en la parte fortificada, cuyo vecindario y hasta las mujeres tomaron resuelta parte en la defensa, alentados además por la oportuna llegada de una columna de nacionales que acudia de Cofuentes en auxilio de sus compañeros. No pudo Cabrera empeñarse en estrechar el sitio, avisado que fué de la aproximación de las columnas de Amor y de Buil, á las que no queriendo esperar dirigió sus pasos á los puertos de Beceite. El 24 Quiles, Miralles y Torner marchaban en dirección de Gandesa, pero eran seguidos de cerca por Nogueras, el que aunque con fuerzas inferiores, fiado en la ventaja de ser mas numerosa su caballería, y sobre todo, contando con su ánimo resuelto, aceptó el combate que le presentó el enemigo parapetado en cercas y vallados de los que sacó tanto partido que hallóse muy próximo á triunfar. Pero

pultura en su cementerio á 64 cadáveres de otras tantas víctimas de aquella feroz matanza.

el indómito valor de Nogueras no se acomodaba á la situación del vencido, y puesto al frente de la caballería y sin esperar que sus infantes todavía distantes llegasen, cargó con tanto éxito sobre los carlistas, que rompió sus filas y les hizo seiscientos prisioneros, los que en su mayor parte no tardaron en escaparse, por no haber llegado las fuerzas que debían custodiarlos.

Crítico fué aquel momento para los carlistas cuyas facciones reunidas hubieran quedado del todo aniquiladas, á no haberles favorecido el terreno montuoso á cuyo abrigo combatían, y principalmente á no haberse hallado en línea en el momento oportuno la infantería de Nogueras, circunstancia que impidió que la facción fuese copada. La pérdida de esta en muertos fué considerable y el resultado de la jornada de Gandesa sirvió por distintos móviles á levantar el espíritu de los adictos á la causa liberal y á exaltar el fanatismo de los pueblos excitados por los eclesiásticos que acompañaban á las facciones y predicaban la *guerra santa* á los sencillos campesinos.

Los vencidos fueron á refugiarse á Beceite deteniéndose Nogueras en Horta y enviando sus heridos á Gandesa.

Concentradas al abrigo de los montes de la primera de dichas comarcas, las facciones consumían sus víveres y permanecían en una inacción que mal se avenía con la impaciente actividad de Cabrera. Dispuesto á salir de nuevo á guerrear, quiso dejar á Forcadell el cuidado de guardar el campamento y de reunir á los voluntarios á los que acababa de conceder quince días de licencia para visitar á sus familias, poniéndose seguidamente en marcha con la caballería en busca de Quiles, al que alcanzó perseguido por Nogueras, quien no pudo evitar que aquel se reuniese con Cabrera y el Serrador, marchando los dos juntos á Alcoriza y Allora y por último á Muiña, donde avistados por Nogueras, no vaciló este en cargar denodadamente al enemigo, sin para ello aguardar que todas sus fuerzas estuviesen en línea. Aprovechando la superioridad numérica que por el momento tenían de su parte Quiles y el Serrador, rechazaron el ataque, infiriendo pérdidas sensibles á los liberales, cuyo principal quebranto consistió en haber salido herido en la refriega su popular caudillo Nogueras.

De aquella fácil victoria sacaron los carlistas la ventaja de correrse sin mayor peligro por Montalban al campo de Cariña desarmando á los nacionales y sacando al mismo tiempo que numerosos reclutas, abundante cosecha de víveres, de caballos y de dinero. Interesábales apoderarse de Alcanar, con objeto de hacerse dueños de las Salinas de San Carlos y poder introducir por la costa víveres y municiones; y al intento, reunido Cabrera á Forcadell y Arévalo, presentáronse de improviso al frente de dicho punto en 17 de octubre. La corta guarnición abandonó la defensa del pueblo para concentrarse en el fuerte, al amparo de cuyos muros resistió con vigor. No pudieron sin embargo impedir los sitiados la toma de su primera línea de defensa y preparóse Cabrera al asalto de la segunda empleando las tortugas y recurriendo según costumbre al incendio.

No obstante lo apurado de su situación luchaban los sitiados manteniendo firme su resolución de no rendirse, esperando en la aproximación de fuerzas auxiliares. No se equivocaban en su expectativa de no ser abandonados, pero no pudieron prever cuánto iba á ser el rigor que les preparaba la adversa fortuna.

La columna que venía en auxilio de Alcanar procedía de Vinaroz y se componía de cuatrocientos infantes y veinte caballos entre nacionales, francos y carabineros.

Muy superiores en número eran los carlistas, á los que arregó Cabrera, instruido de que los que se aproximaban eran urbanos y tropa allegadiza. En esta confianza no vaciló en asegurar á sus soldados que semejante clase de enemigos no eran de temer, prometiéndoles que iban á conseguir una victoria que no podía escapárseles de las manos, palabras con las que infundió tanta confianza, que puesto á la cabeza de la hueste se precipitó á la bayoneta sobre los de Vinaroz con tal ímpetu que rompió sus filas y dió rienda suelta á una carnicería que cubrió de cadáveres liberales el campo de batalla,

teñido con abundante sangre de ambos bandos, pues aunque deshechos los de Vinaroz se defendieron como valientes y caían vendiendo caras sus vidas. Cien muertos atestiguaron con sus inánimes cuerpos el horrendo encono de la disputada lid, cuyo triste resultado para los liberales no dejaba á los sitiados otro recurso que el de capitular. Lográronlo mediante condiciones bastante honrosas, y que cumplió Cabrera dejando retirarse á Vinaroz á los rendidos, y castigando con severidad á aquellos de los suyos que se entregaron á excesos con el vecindario de Alcanar. El 24 marchaba el vencedor en dirección de San Carlos de la Rápita, al pasar por cuyo punto recibió el fuego de buques ingleses y españoles fondeados en su rada; pero sin detenerse prosiguió Cabrera á Cenía, cuyo punto atacó, aunque sin hacer alto en él, siguió su retirada á Martinete, noticioso de la aproximación de fuerzas liberales con las que no le venía bien trabar combate.

El 26 del mismo mes capitulaba el fuerte de Roquetas, después de haberse embarcado su guarnición. No creyó Cabrera útil á sus planes conservar dicho fuerte que hizo demoler marchando en seguida á la Puebla de Benifasá, desde donde están fechados los lisonjeros partes que trasmitió á don Carlos, conmemorando en ellos la próspera campaña que acababa de hacer y la posesión en que se hallaba de todo el territorio del antiguo corregimiento de Tortosa, y de los pueblos que se extienden desde Cherta hasta las playas de Benifasá.

La no deslucida y sobre todo fructífera campaña que acababa de hacer Cabrera infundió la alarma por Aragón, y muy particularmente en Zaragoza. Su junta de armamento y defensa acordó las medidas que juzgó que mas en consonancia se hallaban con el espíritu del país, y que consistieron en fomentar el armamento de los patriotas, y en disponer la formación de cuerpos francos, medidas acompañadas por el confinamiento á diferentes puntos de Andalucía de notabilidades carlistas y por el destierro fuera de la provincia de los individuos de igual procedencia, á quienes sus convecinos liberales habían expulsado de sus respectivas residencias.

Dispuso además aquella junta la requisita de todos los caballos útiles sin mas excepción que la de los pertenecientes á los nacionales; la expulsión del territorio de los gitanos acusados de chalanear en caballerías á beneficio de los carlistas, y por último, fueron declarados en estado de sitio y sujetos á la exclusiva jurisdicción militar todos los distritos por los que vagaban partidas enemigas.

No se descuidaba Cabrera en el entre tanto en poner por obra sus planes agresivos. Por orden suya marchaba el Serrador en dirección de Lucena, llevando instrucciones para tratar á los pueblos con gran benignidad y sin perseguir á los liberales que se mantuviesen en actitud pasiva.

El 1.º de noviembre dos mil carlistas se hallaban á la vista de dicho punto, cuyos nacionales se prepararon á la defensa. José Miralles, llamado el Serrador, y su compañero Torner circundaron la población, á la que intimaron la rendición en términos que la historia ha consignado y que llamarán la atención por su grotesca singularidad.

«Diríjome á ese pueblo (decía á los habitantes de Lucena) con tres mil valientes de infantería y ciento cuarenta caballos, con el objeto tan solo en que si *deponen* las armas á esta *inbitación* de paz que les *ago* en nombre del Rey N. S. *tratarlos* con toda consideración dejando quietos y *tranqui los* á esos *a bitantes* conforme lo he *echo* con los demás pueblos que han *obedecido*, pero si desgraciadamente no *ha tienden* á esta voz de paz en el momento *hoy gan* un tiro daré orden para *abrazar* desde la primer *masada* del término hasta lo mas sagrado de la población. No creo que Vs. tan pertinaces que quieran *de clararse* tan abiertamente enemigos de un rey tan *venigno* y que por ley divina y *umana* le corresponde la corona, como *hes costante* que la *ma no* del todo poderoso guía sus pasos siendo el terror de sus enemigos. Dios guarde á Vs. muchos años. Cuartel general de Vista bella 1.º de noviembre de 1835.

»Señores Justicia y Ayuntamiento y Comandante de armas de urbanos de Lucena.»

Los sitiados que no habían manifestado temer á las armas del Serrador, menos debían rendirse á su retórica, y creyeron que la mejor manera de manifestárselo sería la de guardar si